9979

El secretario privado

Gil

DICCIONARIO

DE

MODISMOS

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 18 - Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 52 á 54)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

EL SECRETARIO PRIVADO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADO Á NUESTRO TEATRO

POR

DON ISIDORO GIL.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

PERSONAS.

EL CONDE DE MATTA.
ERNESTO, *hijo suyo.*
FABIO, *secretario del conde.*
ROBERTO, *arrendador.*
LA LOCA.
CELESTINA, *su hija.*
FANNY, *sobrina del conde.*
UN CRIADO.

La escena pasa en 1816 en Bourgoing, cerca de Grenoble. El primer acto en casa del conde, el 2.º y 3.º en la de Fabio.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Salon abierto en el foro que comunica con un parque: puertas laterales; mesa á la derecha; chimenea á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO. FANNY. UN CRIADO.

(*Fanny aparece bordando una alfombra.*)

Ernesto. (*Sale por el foro, y entrega el sombrero á un criado.*) Han servido el almuerzo?

Criado. Aun no, señor vizconde; vuestro padre no ha despachado todavía con el señor Fabio.

Ernesto. Buenos dias, hermosa prima. (*Se encamina hácia la chimenea; echa el lente al reloj para ver la hora, y continúa al paso que se arregla la corbata.*) Pues ya podian haber concluido; son las once dadas. (*Se acerca á Fanny y se recuesta en el respaldo del sillon.* Decid, querida Fanny, qué diablos tiene que hacer mi padre, que se pasa las horas muertas con ese facha de Fabio?

Fanny. Preguntádselo á ellos, y tal vez os sacarán de la duda.

Ernesto. Asi lo he hecho; pero mi padre me ha contestado el otro dia de un modo bastante seco, que eran cosas que no me importaban, y el majadero de Fabio, me dijo con tono solemne, que no era secreto suyo. Daria cualquier cosa por averiguar qué secreto puede haber entre el conde de Matta, ex-senador del imperio, y el señor Fabio, ex-maestro de escuela de la aldea de Bourgoing; porque debe de ser cosa curiosa.

Fanny. Y venís á que yo os ayude á descubrirle?

613077

Ernesto. (*Con zalamería afectada.*) A vos, querida Fanny, primita hermosa; á vos, que debeis ser en breve mi muger.

Fanny. El conde no me ha hecho depositaria de sus secretos.

Ernesto. (*Separándose del sillon.*) Sí, ya sé que mi padre no pecará nunca por esceso de confianza; y hé ahí por lo que me admiro de que la haya puesto en ese rústico.

Fanny. (*Levantándose con impaciencia.*) Pero, Ernesto, no podeis hablar de ese jóven sin injuriarle? no es elegante, no gasta una hora en ponerse la corbata, ni se hace traer la ropa de París; no es capaz de presumir que se burlan de él, porque es incapaz de sospechar que haya quien ofenda á un hombre sin motivo; pero es honrado y pundonoroso, y si llegase á reparar alguna vez en vuestras palabras de doble sentido, en vuestras chanzas de mal gusto, le causariais un gran pesar, y dariais lugar á que se retirara de esta casa; vuestro mismo padre os ha reprendido por ello, y ya sabeis que le desagrada mucho vuestro modo de proceder en este punto.

Ernesto. Creo que mas os desagrada á vos todavía, no es esto?

Fanny. Sí por cierto; porque cada insulto que dirigís á Fabio es una grosería que me ofende.

Ernesto. A vos, Fanny? no os entiendo.

Fanny. Pues voy á esplicarme mas claro, querido primo. El conde de Matta, tio mio, y padre vuestro, se ha retirado á esta quinta del Delfinado, distante pocas leguas de Grenóble, con motivo del regreso de los Borbones.

Ernesto. Eso no es dificil que lo entienda, porque ya lo sabia.

Fanny. Antes de venir aqui me sacó del colegio en que estaba, y me notició que dentro de tres meses sería esposa vuestra.

Ernesto. Todo eso es muy cierto, y hace ya dos meses que estamos en esta quinta, lo cual quiere decir que se acerca el término.

Fanny. Cuál ha sido vuestra conducta, con respecto á mí, durante estos dos meses? Los primeros dias estuvísteis muy galante y obsequioso, verdad es, y aunque nuestras distracciones no eran grandes, porque mi tio se ha obstinado en no recibir á nadie, al menos éramos dos á fas-

tidiarnos, y habia cierta política de vuestra parte en aburriros conmigo en esta soledad. Pero desde hace algunas semanas, desde que Fabio frecuenta esta casa en calidad de secretario de mi tio, apenas parais en ella un instante.

Ernesto. (*Con petulancia.*) Eso es decir que me habeis echado de menos?

Fanny. Dificil hubiera sido no haber reparado en vuestra ausencia, cuando salís todas las mañanas de la quinta para no volver hasta la noche.

Ernesto. Verdad es; pero para eso os hace compañía el señor Fabio, á quien, durante las dos horas que mi padre dedica para areglar sus asuntos, le permite hacer mis veces al lado vuestro.

Fanny. Sí por cierto; y como parece que os agrada el que yo tenga tal compañía, no puedo menos de estaros muy agradecida, pues me juzgais merecedora de tratar con un majadero, con un rústico, como vos llamais á Fabio. Creo que ahora entendereis lo que queria deciros hace poco?

Ernesto. Perfectamente; pero decís eso con un tono que cualquiera supondria que estais zelosa, prima mia.

Fanny. Zelosa...! yo...! Si hubiera sabido que habíais de interpretar de ese modo mis palabras, os juro que me hubiera guardado de quejarme de vuestra falta de política. (*Volviéndose á la mesa.*)

Ernesto. (*Aparte.*) Pobre Fanny...! Ah! si supiese...! hago mal, lo conozco: pero la tal Celestina es tan linda! (*Volviéndose.*) Ah! Aqui vienen mi padre y Fabio. (*Echando el lente á Fabio.*) Quién diria que la hermosa de ese zafio es la mas linda chica de Francia.

ESCENA II.

ERNESTO. EL CONDE. FABIO. FANNY.

El conde y Fabio, salen hablando por la puerta lateral de la derecha.

Conde. Ya estais enterado; mañana traereis arreglado todo eso y copiado á media margen. Puede que haya que añadir todavía alguna cosa.

Fabio. En verdad que teneis razon, señor conde; ese asunto de la marquesa de Esgrigni es terrible, y debeis tomar

á empeño destruir las calumnias que os han levantado.

Conde. Silencio; guardad esos papeles. (*A Fanny que se habrá levantado á este tiempo.*) Buenos dias, Fanny, avisa que nos sirvan el almuerzo. (*Va al foro y tira de la campanilla.*)

Ernesto. Almorzareis con nosotros, señor Fabio?

Fabio. No puedo tener ese gusto, señor vizconde; mi hermana y mi madre me estarán aguardando; si no estoy alli á la hora acostumbrada, mi pobre madre se irrita y su mal se exacerba en términos de que Celestina no puede contenerla.

Conde. (*Examinando unos periódicos que habrá sobre la mesa.*) Con que tan trastornada tiene la cabeza?

Fabio. Completamente, señor conde.

Conde. Y habeis perdido las esperanzas de que vuelva á recobrar la razon?

Fabio. Sí señor; como que hace veinte años que se encuentra en tan miserable estado.

Conde. Gran desgracia es por cierto; y no poca dicha para ella en medio de todo, tener un hijo tan bueno y honrado como vos, que se ha sacrificado para hacerla mas llevadera su desventura.

Fanny. (*Bajo á Ernesto.*) Lo oís, Ernesto?

Ernesto. (*Mirándole con el lente.*) Sí, pero mirad el corte de ese fraquecito; no es verdad que es primoroso?

Fanny. Debajo de ese frac, que á vos os parece tan ridículo, late un corazon noble y generoso.

Ernesto. Algo habia de tener.

ESCENA III.

DICHOS. UN CRIADO *que sale por el foro.*

Criado. Habeis llamado, señor conde?

Fanny. Disponed el almuerzo.

Criado. Debo decir al señor conde que ha venido el arrendador Roberto á satisfacerle las cantidades que le adeuda.

Conde. Ó mejor dicho que os adeuda á vos, querida Fanny; porque es arrendador de una de vuestras haciendas: (*Al criado.*) y cuándo volverá?

Criado. No se ha marchado; está aun en la quinta!

Conde. Es decir que habrá estado esperando tres horas.

Ernesto. Pues con la del almuerzo serán cuatro.

Conde. No, eso no es justo; Fanny, con tu permiso voy á despacharle en un momento.

Fanny. Haceis bien.

Conde. Venid conmigo, Ernesto.

Ernesto. (*Bajo á Fanny.*) Entretened un poco al amigo, y tratad de sacarle el secreto.

Fanny. (*Aparte.*) No es de eso de lo que yo pienso hablarle.

Conde. Hasta mañana, Fabio, y sed tan puntual como siempre.

Fabio. Hasta mañana, señor conde.

Conde. (*A Ernesto, que se habrá detenido al lado de la chimenea.*) Vamos, Ernesto, dentro de un mes tendreis que encargaros de la administracion de los bienes de vuestra esposa, y quiero que os entereis del modo como yo los he manejado durante la tutoría. (*A Fanny.*) Vuelvo al momento.

ESCENA IV.

FABIO. FANNY.

Fabio. (*Aparte y cerca de la mesa.*) Esposa suya...! Ah...! Dios mio! (*Se dirige hácia la puerta, y Fanny le detiene.*)

Fanny. (*Haciéndole seña de que vuelva.*) Deteneos, Fabio; tengo que hablaros.

Fabio. A mí?

Fanny. (*Yendo á mirar al foro para cerciorarse de que estan solos.*) Sí, á vos.

Fabio. (*Aparte y reparando lo que hace.*) Qué significa ese misterio?

Fanny. Lo que voy á deciros va á pareceros tal vez estraordinario, pero las circunstancias en que me encuentro me obligan á ello; ya sabeis que soy huérfana, y que no tengo mas parientes que el conde de Matta, y su hijo Ernesto.

Fabio. Aunque nunca me lo habiais dicho, lo sabia ya, porque cuando una persona es libre y tiene una madre que la quiere, es imposible que viva separada de ella.

Fanny. (*Suspirando.*) Sí, vos sois un buen hijo, y pensais asi!

Fabio. Oh! no creais que lo que os digo es por lo que á mí

me pasa; mi hermana apenas me tiene cariño, y mi madre no quiere mas que á mi hermana.

Fanny. Es posible que no os amen, cuando deben su subsistencia á vuestro trabajo?

Fabio. Olvidais sin duda que ese es mi deber; soy hombre, y he nacido para trabajar. Harian mal en quererme por tan poca cosa. Pero ocupémonos de vos; qué os inquieta? qué teneis que decirme? Ah! si vos tuvieseis madre y hermana seriais muy querida.

Fanny. (*Con tristeza.*) Quién sabe!

Fabio. (*Con calor.*) Oh! tenedlo por cierto!

Fannny. El cielo no ha querido concederme esa dicha, y me encuentro sola en el mundo, sin amigos ni apoyo alguno, en el momento mas crítico de mi vida. Decid, Fabio, no habeis observado que de un mes á esta parte mi primo sale muy de mañana de la quinta y...

Fabio. (*Con interes.*) Sí, sí, lo he observado, y me he alegrado de ello muchas veces en el fondo de mi alma.

Fanny. Ah! (*Picada.*) Con que os habeis alegrado de que me abandone y me desdeñe? Entonces os debo de estar muy agradecida, señor Fabio.

Fabio. (*Algo cortado.*) No es eso lo que yo he querido decir, si no que cuando os dejaba sola no sabiais qué haceros y entonces... os dignabais escucharme; yo pasaba gran parte del dia á vuestro lado, y si vuestro primo no se hubiese separado nunca de vos, me hubiese visto privado de esa felicidad.

Fanny. (*Sonriéndose.*) En bien poca cosa cifrais vuestra dicha.

Fabio. Señora, cuando uno no la ha conocido desde que nació, un nada le parece mucho.

Fanny. (*De pronto.*) Un nada? gracias por el cumplimiento: no hubiera dicho mas mi primo.

Fabio. Oh! perdonad! Soy un necio...! (*Cortado.*)

Fanny. Fabio, voy á hablaros como á un amigo; voy á pediros un favor.

Fabio. Un favor! á mí! Ah! no sabeis que mi sangre, mi vida es vuestra? (*Con calor.*)

Fanny. Poco á poco, sois muy arrebatado; lo que os pido únicamente es sagacidad y sigilo.

Fabio. Sagacidad?

Fanny. Sí, para informaros de lo que hace mi primo, y averiguar dónde pasa el tiempo.

Fabio. (*Haciéndose atras.*) Pero, eso es ser espía... Oh! no; eso no...

Fanny. Me desairais? (*Fabio no contesta.*) Está bien... (*Hace que se va.*)

Fabio. (*Deteniéndola.*) Oh! no... no es desaire... pero... pedidme otra cosa... todo lo que querais.

Fanny. Todo, escepto lo que puede salvarme, no es esto?

Fabio. Salvaros...! (*Pausa.*) Pues bien, es una mala accion... pero la cometeré... la cometeré por vos... y sin embargo no la cometeria ni por mi madre, ni por mi hermana.

Fanny. Escuchad: si hallándose vuestra hermana á punto de casarse, tuviese sospechas de que el que habia de ser su esposo la engañaba, y amaba á otra... no trataríais de disipar esas sospechas antes de dejarla contraer un enlace indisoluble?

Fabio. Sí, á fé; iría á buscar al hombre que fuera, y le obligaria á hablarme francamente.

Fanny. Si se tratase de vuestra hermana tendriais derecho para seguir esa conducta; pero tratándose de mí, no podeis proceder del mismo modo, porque os contestarian que vos no teniais que ver en eso.

Fabio. Oh! sí por cierto; no he de tener que ver en que seais dichosa!

Fanny. Por lo tanto vuelvo á deciros que es necesario manejar este asunto con sagacidad y sigilo.

Fabio. Está bien; dentro de una hora sabré la verdad, sabré si vuestro primo os engaña. (*Un criado por la izquierda.*)

Criado. Señorita, cuando gusteis. El señor conde y su hijo estan aguardando.

Fanny. (*Haciéndole seña de que se retire.*) Bien... (*A Fabio.*) Hasta despues, Fabio; no olvideis que va en ello mi felicidad.

Fabio. Tranquilizaos, señora. Cómo es posible que ese hombre no os ame!

ESCENA V.

FABIO, *solo.*

No, estoy seguro de que no me engaño; aunque es cierto que Ernesto está sobradamente pagado de sí... no por eso dejará de amarla... La ama, y se casará con ella... ella, á

no dudarlo, le ama tambien, pues tiene zelos... zelos! (*Quédase pensativo unos cortos instantes.*) Bien mirado, qué me importa? Le ama; será feliz... Debo acaso apetecer otra cosa...? vamos á ejecutar lo que me ha encargado. (*Va á salir precipitadamente y tropieza con Roberto, que entra tambien muy de prisa.*)

ESCENA VI.

FABIO. ROBERTO.

Fabio. Calla, sois vos, señor Roberto?

Roberto. (*Restregándose la pierna.*) Dificil sería que fuese otro, si nadie ha entrado mas que yo.

Fabio. Perdonad que os haya dado tan fuerte encontron, porque no os habia visto.

Roberto. Que perdone, eh...! si no me pongo mas cataplasma que esa en la pierna, ni á vos os costará mucho, ni yo ganaré gran cosa.

Fabio Venís de mal humor?

Roberto. Sí, voto á brios! Estoy que cogeria el cielo con las manos. Picardía como ella! no quererme pasar los escudos de tres francos mas que por de dos y medio.

Fabio. Quién?

Roberto. Toma! Quién ha de ser? El conde de Matta... Ahora pregunto yo, de qué demonios nos ha servido que al usurpador se le haya llevado la trampa y hayan vuelto los Borbones, si las cosas andan ni mas ni menos que antes? Descontarme medio franco en cada escudo...! oh! bien se conoce que el conde de Matta ha sido un pícaro jacobino.

Fabio. Jacobino! El conde!

Roberto. Pues por supuesto! Si creeria él que no le conociamos por acá? Estaba yo en Leon cuando mandaba alli con los otros dos buenas alhajas de Fonché y Couthon; alli sí que hizo de las suyas ese pícaro herege...! Por aquel tiempo no le habia dado aun el canalla de Bonaparte el título de conde; el pobrecito vendia el papel moneda á peso de oro; y ahora se nos viene con que á los escudos de tres francos les falta plata... Hum! tragalista!

Fabio. Reparad que puede oiros.

Roberto. Y á mí qué me importa...? que me oiga...! Lo he de decir en voz alta, y se lo repetiré á él mismo en sus barbas, si es preciso.

Fabio. Pero no delante de mí.

Roberto. Calle...! Cuidado no se le lastimen los oidos al señorito.

Fabio. Decid ahora lo que os acomode, porque no me asiste el derecho de imponeros silencio en este sitio; pero no quiero continuar oyendo injuriar á un hombre á quien debo mirar como bienhechor mio. (*Hace que se va.*)

Roberto. (*Siguiéndole.*) Su bienhechor...! Dispensad, amiguito; no sabia yo tanto... El padre hace bien al hijo... y el hijo se le quiere hacer á la hermana... vaya... lo celebro mucho, señor Fabio... asi medrareis pronto.

Fabio. (*Aparte y deteniéndole.*) Su hijo quiere hacer bien á mi hermana? (*A Roberto.*) Qué es lo que habeis dicho?

Roberto. Lo que dice todo el mundo, y lo que vos mismo acabais de decir... Que el conde de Matta es vuestro bienhechor.

Fabio. No se trata ahora de mí; habeis hablado de mi hermana.

Roberto. Toma! Pues qué, no se puede hablar de la señora Celestina?

Fabio. (*Con calma.*) De ella como de cualquier otra... pero habeis dicho...

Roberto. He dicho, y vuelvo á decir, que es una linda muchacha, pero que se cree mas de lo que es.

Fabio. (*Acalorándose gradualmente y con cólera reconcentrada.*) Bien puede ser; pero habeis querido darme á entender hace poco...

Roberto. He querido daros á entender, que cuando á las muchachas se les deja tomar muchos humos, se avergüenzan de su clase, y suelen hacer cualquier locura por salir de ella; y que si en vez de dejaros dominar por ella como un bendito, la hubieseis hablado al alma de cuando en cuando, no hubiera llegado al caso que ha llegado!

Fabio. Qué caso? acabad.

Roberto. Ah! lo que es sobre eso el señor Ernesto podrá daros noticias mejor que yo.

Fabio. Ernesto? Pues qué, conoce á mi hermana?

Roberto. Eh...! ni que fuerais ciego para no verle entrar todos los dias en vuestra casa.

Fabio. Todos los dias?

Roberto. Sí por cierto.

Fabio. Pero á qué hora?

Roberto. Vos lo sabreis; porque aunque hay quien dice que escoge para ir las horas en que vos venís á la quinta, tambien hay quien supone que vos escogeis para marcharos la hora en que él debe llegar.

Fabio. (*Con cólera mal reprimida.*) Y quién dice eso señor Roberto?

Roberto. Los que viéndoos tan compuesto, cuando hace dos meses no erais mas que un pobre maestro de escuela, piensan que el hermano hace la vista gorda acerca de la conducta de la hermana.

Fabio. Y quién piensa eso? (*Acercándose á él.*)

Roberto. Yo y otros.

Fabio. (*Estallando y echándole mano al cuello.*) Pues, bien; á tí ahora; á los otros despues.

Roberto. Cómo se entiende... tocarme á mí!

Fabio. Vas á venir delante de mi hermana á repetir lo que has tenido la osadía de decir... y desgraciado de tí si la has calumniado! (*Suéltale.*)

Roberto. Y qué me habeis de hacer á mí...?

Fabio. No has sido soldado?

Roberto. No señor, he sido recluta, y contra mi voluntad.

Fabio. Pues te batirás conmigo.

Roberto. Batirme! Yo! con vos! con un miserable bastardo que viene Dios sabe de dónde...? con el hijo de una vieja loca!

Fabio. Insultas á mi madre! Ah! (*Lanzándose á él y derribándole á sus pies.*) Miserable! Calla.

Roberto. Socorro! Socorro!

Fabio. Calla, ó eres muerto!

Roberto. Socorro! Que me ahoga este pícaro... Socorro!

ESCENA VII.

DICHOS. EL CONDE, *que viene por la puerta del foro.*

Conde. Qué es esto? qué es lo que pasa?

Roberto. (*Corriendo á ampararse del conde.*) Ah, señor conde, favorecedme! ese malvado quiere matarme porque le he dicho que vuestro hijo...

Fabio. Si hablas una palabra, eres muerto. (*Bajo.*)

Conde. Acaba... qué decias de mi hijo...?

Roberto. Era sobre Celestina. (*Fabio da un paso.*) Ah! quiere asesinarme porque le he dicho que su hermana...

Fabio. Callarás?

Conde. (*Aparte.*) Mis sospechas eran ciertas. Ernesto la ama. (*Alto.*) Fabio, qué significa este escándalo en mi casa?

Fabio. (*Con humildad.*) Dignaos perdonarme, señor conde; ese miserable me ha insultado; le he pedido satisfaccion, y me la ha negado vil y cobardemente.

Roberto. Señor, ha sido porque he dicho...

Fabio. (*Con ímpetu.*) Hacedle callar, señor conde, ó no respondo de mí mismo.

Conde. (*A Roberto.*) Silencio! Salid de aqui; id á esperarme en mi despacho. (*Aparte.*) Quiero averiguarlo todo.

Roberto. (*Aparte.*) Ah! tú me las pagarás todas juntas, Dómine hambriento.

Conde. Me habeis oido?

Roberto. (*Aparte al salir.*) Y tú tambien, pícaro liberal; yo te diré si mis escudos tienen el peso. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

FABIO. EL CONDE.

Conde. Ahora, Fabio, espero que me digais el motivo de esta disputa. Qué ofensa os ha hecho ese hombre?

Fabio. No me la pregunteis, señor conde, y haga Dios que sea una calumnia.

Conde. Temeis alguna desgracia?

Fabio. Sí; temo que sea una desgracia que no me amenace á mí solo.

Conde. (*Con intencion.*) Pues á quién? á vuestra madre? (*Silencio de Fabio.*) A vuestra hermana?

Fabio. Nos amenaza á todos, señor conde.

Conde. A todos?

Fabio. Sí; pero sea lo que quiera lo que hubiese de suceder, jamas olvidaré la buena acogida que os he mereci-

do, y el agradecimiento que os profeso servirá de norma á mi conducta. (*Saluda y va á retirarse.*)

Conde. Aguardad, Fabio. (*Aparte.*) No hay otro remedio. (*Alto.*) Lo que por vos he hecho no vale la pena de que se hable de ello. Necesitaba un secretario, y recurrí á vos; si la asignacion que os he señalado equivale al cuadruplo de lo que antes os producia vuestra aula, ha sido porque he creido que no debia estimarse en menos vuestro trabajo. Luego si admito vuestro agradecimiento no es porque crea que me es debido, sino porque quiero merecerle.

Fabio. Os escucho, señor conde.

Conde. Por razones que no puedo manifestaros, no podeis continuar desempeñando á mi lado el empleo que teniais en esta casa...

Fabio. (*Con dignidad.*) Por razones que deseo que no sepais nunca estaba decidido á renunciar hoy mismo ese cargo.

Conde. (*Examinándole.*) Ah! (*Aparte.*) No me queda la menor duda. Los rumores que corren acerca de Ernesto y su hermana son ciertos. (*Alto.*) Poseo una hacienda... escuchadlo bien, porque no se trata de las posesiones de mi pupila, que deben pasar á manos de mi hijo... poseo entre Grenoble y Gap una hacienda, cuya administracion tengo confiada á un hombre que cada dia me está dando nuevas pruebas de incapacidad y falta de honradez. Ahora bien, Fabio, deseo que vos os encargueis de esa administracion. Necesito un hombre honrado é inteligente; ya veis que á nadie puedo dirigirme mejor que á vos.

Fabio. Mucho me lisongean esos elogios, señor conde, pero debo advertiros...

Conde. (*Con intencion.*) Aumentaré en favor vuestro los beneficios de esa administracion, siempre que consintais en ir á tomar posesion de vuestro destino inmediatamente.

Fabio. Pero...

Conde. (*Insistiendo.*) Hasta aqui habeis tenido mil y quinientos francos de sueldo; partid inmediatamente y os señalo mil escudos anuales.

Fabio. Señor conde...

Conde. Quereis mas...? os señalaré...

Fabio. (*Con dignidad.*) Aun cuando me señalaseis todas vuestras riquezas, no aceptaria, señor conde.

Conde. Fabio!

Fabio. He adivinado en esta conversacion mas de lo que queria; por consiguiente dejemos tan ridículo juego; vos sabeis por qué me retiro, asi como yo sé ahora por qué me despedís.

Conde. (*Con altanería.*) Pues bien, una vez que nos hemos entendido uno á otro sin necesidad de esplicarnos, en este momento debeis conocer mejor que nunca, que mis ofertas esceden á todo lo que hubieseis podido esperar.

Fabio. Quizá diriais bien, si yo hubiese pensado en cerrar algun trato respecto á este asunto.

Conde. No sería el primero que hubiese mediado entre los dos.

Fabio. Verdad es; el pobre ha vendido su trabajo al rico, y el rico ha pagado el trabajo del pobre: vos habeis sido por consecuencia el amo y yo el criado; pero ya no hay aqui ni criado ni amo: hablemos claro, señor conde, lo que aqui hay es un padre que se ha hecho responsable de la conducta de su hijo, pues no se atreve á llamarle á mi presencia, y un hermano que está dispuesto á defender la honra de su hermana; y en este punto somos iguales, señor conde.

Conde. (*Enojado.*) Iguales! os engañais; aun existe entre los dos una inmensa distancia que separa al hombre de bien que como buen padre quiere ocultar una falta de su hijo, del atrevido que intenta promover un escándalo para ver si saca algun provecho de él.

Fabio. (*Dando un grito.*) Ah...! vos tambien...! (*Deteniéndose.*) Os perdono esa injuria... porque el amor de padre os ciega, y si vos podeis olvidar vuestro decoro... yo no puedo olvidar vuestros beneficios... Rogad á Dios, sin embargo, que alguno de esta casa no cometa la imprudencia de hablarme de ese modo, y permitid que me retire.

Conde. (*Aparte mientras que Fabio va á alejarse.*) Ni el interes ni las amenazas le harán ceder; probemos otro medio... (*Con calma dirigiéndose á Fabio.*) Esperad, Fabio... confieso que he hecho mal; me perdonais...?

Fabio. Ah! Señor...

Conde. Sí, pero considerad cuál es mi situacion; cuál es la

vuestra... Creo que aun todo tenga remedio. Vuestro carácter brusco é impetuoso os hace ir mas allá de la misma verdad... Quiero ver á vuestra hermana, la hablaré, y si es inocente, como no lo dudo, procuraré desvanecer esa loca pasion, quitándola toda esperanza.

Fabio. Ah...! sí... ved á mi hermana, y quiera Dios que sea tan inocente como ambos deseamos.

Conde. Lo será. (*Aparte.*) (*Alto.*) Advertidla que deseo hablarla. Esta noche á las diez iré á vuestra casa. Aqui se acerca Fanny; silencio con ella sobre todo.

Fanny. (*Aparte.*) Dios mio! será cierto lo que acaba de decirme ese hombre...? Ah...! aun está aqui Fabio... (*Viendo al conde que va á salir.*) (*Alto.*) Os vais, tio?

Conde. Sí, querida Fanny; tengo que despedir á Roberto. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FABIO. FANNY.

(*Fabio se dispone para salir y saluda.*)

Fanny. Os alejais, Fabio?

Fabio (*Cortado.*) Perdonad, señorita... mi madre me aguarda.

Fanny. Vuestra madre...! Y es vuestra madre tambien la causa de vuestra palidez, de vuestra turbacion en este momento...? Creeis que ignoro lo que ha pasado? Olvidais que ese hombre aguardaba á mi tio en su despacho?

Fabio. Ah! y sabeis...?

Fanny. Todo.

Fabio. Oh! infame!

Fanny. (*Con tono resentido.*) Qué decís? Tiene él por ventura la culpa de que mi primo prefiera á vuestra hermana?

Fabio. Oh! no os burleis, señora; ya sabeis que eso es imposible.

Fanny. Por qué? Hablad... por qué? (*Con tristeza.*)

Fabio. Por qué? (*Despues de una pausa.*) Es una pobre jóven sin talento, sin bienes, sin instruccion alguna; y vos sois rica, hermosa y amable. Tranquilizaos, señora, hace poco deseché con horror las proposiciones de vuestro tio, porque ellas me hicieron dudar si habria al-

guna parte de verdad en lo que habia dicho Roberto; pero ahora que os veo conozco que es imposible que ese hombre ame mas que á vos. Oh! no lo dudeis, ese hombre os ama; tenedlo por cierto... yo lo sé, porque lo siento asi.

Fanny. Cuán generoso sois, Fabio! Le defendeis cuando os ha ofendido!

Fabio. Sí, os amará... yo me llevaré á mi hermana... huiremos de aqui una vez que somos la causa de vuestra desgracia. Vos le perdonareis, y sereis dichosa.

Fanny. (*Con tristeza y sensibilidad.*) Dichosa no, Fabio, no... porque jamas me amará como yo sabia amar... (*Suspirando.*) como vos me hubiéseis amado tal vez en lugar suyo.

Fabio. (*Con entusiasmo.*) Oh! si yo hubiese podido amaros... hubiera sido con un amor puro, sublime, que hubiese rayado en idolatría. Si yo, infeliz, abandonado en el mundo, y á quien solo vos habeis mirado con bondad, hubiese podido amaros, lo hubiera hecho con un amor tal, con un delirio, cual merece una muger candorosa y pura como los ángeles. Ah! mirad, quiero decíroslo todo... alguna vez he creido yo tambien que os amaba... y despues he conocido que no podia ser, porque el amor que sentia hácia vos, no era tan inmenso como vos mereceis.

Fanny. Fabio!

Fabio. Oh! tened lástima de mí, señora, y perdonadme, porque mis labios han hecho traicion á mi corazon, y habia jurado no decíroslo... (*Cae de rodillas.*)

Fanny. (*Con intencion y cariño.*) Y si yo no lo ignoraba?

Fabio. Qué oigo! (*Levantándose enagenado.*)

Fanny. No es deciros bastante haber escuchado vuestras palabras, y estar aun aqui...!

Fabio. Ah...! Dios mio! será cierto? Por piedad no me hagais perder la razon... (*Oyese ruido dentro.*) Es un sueño... ah...! alguien llega.

Fanny. Es mi tio.

Fabio. Y ahora qué he de hacer? decidme; mi vida pende de vuestros labios...

Fanny. Partid ó quedaos; (*Con prontitud.*) pero sea cual fuere vuestra determinacion, Ernesto de Matta nunca será mi esposo.

Fabio. Oh! entonces me quedaré! (*Oyense gritos al foro.*)

ESCENA X.

FANNY. FABIO. EL CONDE.

(*Nuevos gritos.*)

Loca. (*Dentro.*) Socorro! socorro! (*Fabio corre al foro al oir esta voz.*)

Fabio. Cielos! qué veo! es mi madre... Mi madre, á quien mi tardanza habrá exasperado, y Celestina no habrá podido detenerla. Ah! corro á defenderla de los que la persiguen.

Fanny. (*Que habrá acudido tambien á mirar.*) Pronto, pronto... ha desaparecido hácia el lado del rio.

Fabio. Dios mio! Deteneos! (*Vase.*)

Fanny. (*En el foro.*) Desgraciada!

Conde. (*Saliendo.*) Qué ruido es este? Qué significan esos gritos?

Fanny. (*Desde el foro.*) La pobre loca... la desventurada madre de Fabio, que ha penetrado en el parque, y la persiguen.

Conde. Y por qué su hijo no cuida de ella?

Fanny. Porque acaso deberes mas sagrados le habrán detenido en otra parte.

Conde. (*Aparte.*) Qué querrá decir? Si sabrá...

Fanny. Ya está alli Fabio: ha llegado á tiempo de evitar una desgracia.

Conde. (*Aparte.*) Ah! es decir que no se habia marchado... infeliz de él si ha dicho...

Fanny. Aqui viene... pobre muger! Se ha escapado por este lado... me llama... se arrodilla como implorando mi proteccion... venid... venid...

Conde. Qué haceis? Quereis que nos haga volver locos á los demas?

ESCENA XI.

FANNY. FABIO. EL CONDE. LA LOCA.

Loca. (*Sale corriendo y se ampara detras del conde.*) Salvadme... salvadme... mirad que tambien quieren matarme.

Conde. Mataros?

Fabio. (*Que llega.*) Señor conde...

Loca. Escuchad... no oís la horrible cancion...? *ça ira... ça ira.* A la linterna... á la linterna con los nobles...

Conde. (*Sorprendido.*) Qué dice esta muger?

Loca. Tambien la cantaban cuando llegué á Leon...

Conde. (*Turbado.*) A Leon!

Loca. Sí, eso era lo que cantaban siempre... esa cancion es la que entonaron cuando puso el pie en la guillotina, cuando aquel infame abrió la ventana, y... (*Mirando al conde y dando un grito.*) Ah! (*Cae desplomada y exhala algunos suspiros convulsivos.*)

Conde. Quién ha traido aqui á esta muger? Quién es?

Fabio. Mi madre... mi madre, que está loca.

Conde. Vuestra madre... Ah! el infierno sin duda la ha prestado esa cara y esa voz.

Acto segundo.

Piso bajo de una casa de humilde apariencia. Puertas á derecha é izquierda. Idem al foro; al lado izquierdo una ventana á altura de pecho.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO *detras de la puerta de la derecha.* CELESTINA *y* LA LOCA *sentadas; esta da muestras de inquietud.*

(*Ernesto se deja ver detras de la puerta.*)

Celestina. Escondeos; mirad que puede veros.

Ernesto. Haced que se vaya pronto á su cuarto.

Celestina. Pensais que es facil convencerla cuando está asi?

Loca. (*Levantándose.*) Qué hora es?

Celestina. Las diez.

Loca. Las diez y Fabio no ha vuelto...! Querrá afligirme como esta mañana... Me dijo que no se separaria de mi lado, y ha desaparecido en cuanto llegó la noche.

Celestina. Tendria que hacer... algun asunto urgente... no vayais á enfadaros como esta mañana... no puede tardar.

Loca. (*Andando de un lado á otro, y cerrando la puerta porque advierte que se mueve.*) Cerrad las puertas... es preciso andar con mucho tiento con los criados... son unos infames que al momento van á delatar á sus amos... y entonces llega la hora de oir la cancion...

Celestina. Dios mio! ya le volvió á dar.

Loca. (*Con el delirio.*) A la linterna... á la linterna... pícaros nobles.

Celestina. Por Dios, madre mia...

Loca. (*Procurando acordarse del tono de la cancion.*) Vamos... Dime, cómo empieza la cancion? No la oiste aquel dia?

Celestina. Pero qué dia?

Loca. No te acuerdas...? hace mucho tiempo... Dónde estabamos...? responde... pero por qué me miras con esos ojos...? no parece sino que estoy loca!

Ernesto. (*Escondido.*) Y parece la verdad.

Celestina. (*Aparte.*) Buenos estamos; ya tiene para toda la noche. Probaré seguirla la corriente, á ver si consigo que se marche. (*A su madre poco á poco, y siguiendo sus movimientos desiguales.*) Mirad, madre mia... sabeis lo que debiais hacer? Ir á buscar á Fabio... él suele venir siempre por el bosquecillo de la derecha; estoy segura de que le encontrareis.

Loca. (*Desasosegada y en la mayor agitacion.*) No, no, no estará; se habrá ido á alguna tertulia á disputar con poetas y artistas; por eso se pierde la nobleza; por rozarse con gente que no es de su clase; tan bueno es Fabio como todos.

Celestina. Sí, por lo mismo debeis ir á buscarle; vereis cómo os sigue al momento.

Loca. Sí, los parlamentos... los parlamentos (*Con ira.*) son los que tienen la culpa; ellos son los que han introducido en el pueblo ese espíritu de discordia y encono contra los nobles... ellos son los que han de perder la monarquía. Fabio no es caballero, ni ciñe espada, y por eso se junta con ellos... Tu novio... el vizconde de Matta tampoco ciñe espada... Nobleza de ayer...! Nobleza de poco mas ó menos...!

Celestina. Teneis razon; teneis razon; Fabio se junta con mala gente, y estoy segura de que el mejor dia... (*El reloj da una media.*)

Loca. Ah! ya es hora... voy á decir que avisen al repostero. (*Se dirige al cuarto donde está Ernesto.*)

Celestina. (*Queriendo detenerla.*) Dónde vais por ahí, madre mia?

Loca. Pues qué, no has oido la hora...? Es preciso que asista á la cena de la reina... (*Abre la puerta y ve á Ernesto.*) Ugier, anunciad mi llegada.

Ernesto. Eh! qué demonios dice?

Loca. No habeis oido? anunciad; tengo entrada.

Ernesto. Pues señor, sea en buen hora. (*La cede el paso y grita.*) La señora condesa de Fabio.

Loca. (*Retrocediendo y dirigiéndose á su hija.*) Insolente! Condesa! Me llama condesa...! todos son abusos, ya lo ves... Ya no conocen ni á las personas mas ilustres...! Oh! es imposible continuar asi... Vámonos... es preciso emigrar, (*Arrastrando á su hija.*) es preciso huir... ven... ven...

Celestina. (*Soltándose.*) Pero señora...

Loca. Ah! *ça ira, ça ira*, pícaros, pícaros nobles. (*Vase cantando.*)

ESCENA II.

ERNESTO. CELESTINA.

Ernesto. (*Riéndose.*) La tal loca es deliciosa!

Celestina. Jamas ha estado como hoy... Cuando no os ha conocido! (*Va á mirar á la puerta.*) Ah! se ha parado en la cerca.

Ernesto. (*Aparte.*) No hay que perder tiempo. Fabio ha salido en busca de Roberto, segun este me ha dicho. La loca tambien está fuera... Los momentos son preciosos.

Celestina. (*Con hipocresía.*) Ahora, señor Ernesto, me direis por qué habeis venido á esta hora, faltando á lo que tenemos convenido, y esponiéndoos á que mi hermano, que puede entrar de un momento á otro, os encuentre aqui.

Ernesto. No temais, no volverá tan pronto.

Celestina. Ah! y cómo lo sabeis?

Ernesto. Tengo mis razones para creerlo asi.

Celestina. (*Aparte.*) Hola! Segun parece el señor Ernesto ha tomado sus precauciones.

Ernesto. (*Aparte.*) Ya me ha entendido. (*Con cariño y zalameria.*) Celestina...

Celestina. (*Bajando los ojos.*) Señor Ernesto!

Ernesto. Por qué bajais los ojos... tan feo soy que os causo miedo?

Celestina. (*Fingiendo turbacion.*) Miedo precisamente no; pero no sé lo que siento cuando me mirais asi.

Ernesto. Ah! sin duda será lo que yo siento al veros; un amor ardiente, profundo...

Celestina. Eso, ni mas ni menos.

Ernesto. Celestina, mi ventura, mi dicha dependen de vos... Habeis de ser siempre tan cruel conmigo?

Celestina. Siempre...? No por cierto. Ya os he dicho que todo está reducido á que se corran las amonestaciones, y á que vayamos á la iglesia.

Ernesto. (*Aparte.*) No hay quien la haga desistir de esa idea. (*Acercándose.*) Pero, hija mia, ya os he dicho que eso no puede ser por ahora; tengo que guardar ciertos miramientos, ciertas consideraciones con mi familia...

Celestina. Nada mas justo; cuando un jóven es hijo de una familia ilustre como vos, tiene muchas consideraciones que guardar con los suyos; pero cuando una muchacha es pobre y honrada como yo, tiene tambien muchas precauciones que tomar.

Ernesto. Es preciso ser razonable, Celestina; mi padre no está enamorado, y nada en el mundo le hará olvidar el esplendor y nobleza de su cuna. Es preciso irle acostumbrando poco á poco á la idea de este casamiento. Ya llegará el dia en que yo sea dueño de mí mismo, y pueda pagar vuestro sincero amor con mi título y mis bienes.

Celestina. Pues bien; aguardemos hasta ese dia.

Ernesto. Celestina...!

Celestina. Señor Ernesto!

Ernesto. No habeis alcanzado de mí todo lo que queriais? No os he dado mi palabra por escrito? Qué mas podeis desear? Os juro que sereis condesa de Matta.

Celestina. Mirad, Ernesto, lo que es en cuanto al juramento, vale bien poca cosa; los hombres por jurar son capaces de jurar que no son hombres. Ahora en cuanto á vuestra palabra escrita, es cierto que la tengo y en ella creo; pero ya sabeis que segun nuestras leyes un empeño por escrito no es moneda muy corriente ante la justicia; por lo tanto, contentaos con saber que os amo... y que os amaré eternamente.

Ernesto. (*Aparte.*) En diciendo que estas mugeres ponen en juego nuestra generosidad, se lo lleva todo la trampa. (*Alto.*) Pero...

Celestina. No; vos no podeis pensar de otro modo... porque entonces me obligariais á que os aborreciera...

Ernesto. (*Aparte.*) Buenos estamos. (*Alto.*) Celestina... mi amor.

Loca. (*Dentro.*) Celestina!

Celestina. Ah! mi madre vuelve!

ESCENA III.

DICHOS. LA LOCA, *que asoma la cabeza por la ventana.*

Ernesto. El diablo cargue con la loca!

Loca. (*Dándole unos papeles.*) Ah! Celestina, mira, toma; he encontrado un tesoro.

Celestina. Un tesoro...! Esto?

Loca. Sí, estaba en el suelo... le he registrado... Escóndele bien... vamos á ser ricos... Aguarda, aguarda, voy á ver si hay mas. (*Desaparece.*)

ESCENA IV.

CELESTINA. ERNESTO.

Celestina. Qué querrá decir con eso? "Estaba en el suelo... le he registrado..." de quién serán estos papeles...? tal vez los habrá perdido algun viajero.

Ernesto. Dejad eso y respondedme, Celestina.

Celestina. No; quiero averiguar... (*Pasando á la mesa de la derecha donde está la luz. Lee.*) "Legajo perteneciente á la marquesa de Esgrigny."

Ernesto. (*Acercándose y mirando por encima del hombro de Celestina.*) Qué veo...? Esa es la letra de mi padre!

Celestina. (*Aparte y escondiendo los papeles.*) De su padre? bueno será guardarlos entonces.

Ernesto. Dejad que vea...

Celestina. La letra de vuestro padre...? Ba! no puede ser.

Ernesto. Cuando os digo...

Celestina. Hay tantas letras que se parecen... voy á guardar estos papeles, y si viene alguien á reclamarlos se los daré.

Ernesto. (*Aparte.*) Serán los que mi padre entregó esta mañana á Fabio... Ahora entiendo! Roberto habrá cumplido lo que me prometió... Buena ocasion de averiguar el secreto que traen entre los dos. Veamos si la loca se ha vuelto á marchar. (*Va hácia el foro á examinar si estan solos, y en este intervalo se acerca Celestina á la luz y lee.*)

Celestina. (*Aparte.*) Calla...! Es particular... son las memorias del conde de Matta... (*Leyendo para sí.*) Hola! hola! pues entonces á qué nos venia el señor Ernesto ponderando la antigüedad de su nobleza, y su ilustre ascendencia... Guardemos esto. (*Guarda los papeles.*)

Ernesto. Vamos, Celestina, me permitís que examine esos papeles?

Celestina. Es inútil: os repito que no puede ser la letra de vuestro padre.

Ernesto. Por qué?

Celestina. Porque se habla en ellos de la historia de cierta marquesa, cuyo marido estuvo preso durante el terrorismo en la carcel de Leon.

Ernesto. En la carcel de Leon, decís? Dadme esos papeles.

Celestina. Sí; y la pobre muger queriendo obtener el perdon de su marido fue á casa de un representante del pueblo llamado Bénard.

Ernesto. Dadme esos papeles, os digo; pertenecen á mi padre.

Celestina. Ah! con que el conde de Matta era antes el ciudadano Bénard?

Ernesto. (*Cortado.*) Sí, sí, durante la revolucion, cuando la antigua nobleza se vió en la precision de ocultar sus títulos.—

Celestina. O cuando la nueva aun no habia obtenido los suyos.

Ernesto. Qué decís?

Celestina. (*Despues de una pausa.*) Digo que me habeis engañado vilmente, señor Bénard.

Ernesto. Cómo, señor Bénard?

Celestina. Sí, Bénard... Y todavía queriais acabar de engañarme, diciendo que vuestra familia se oponia á este enlace por la desigualdad de nuestro nacimiento...? Habrá burla igual!

Ernesto. Pero permitid os diga, que estais en un error.

Celestina. Como si Celestina, hermana del señor Fabio, no valiese tanto como el señor Bénard.

Ernesto. Pero os pido, Celestina...

Celestina. Os prevengo que me llamo señorita... Y yo, necia de mí, que le creía á ojos cerrados!

Ernesto. Pero...

Celestina. Apartaos, apartaos de mi lado; salid de aqui, ó doy voces para que venga gente.

Ernesto. Oh! no espereis que me marche hasta que haya obtenido mi perdon.

Fabio. (*Dentro.*) Celestina...! Madre...! hermana mia!

Celestina. Es la voz de mi hermano. Ah! por Dios que no os encuentre aqui... Escondeos...

Ernesto. Pero dónde?

Fabio. (*Dentro.*) Celestina... Madre mia...!

Celestina. Pronto... ya llega...

Ernesto. Pero decidme dónde he de esconderme?

Celestina. Entrad ahí... al fin de ese corredor hay una ventana, que da á la huerta... En cuanto encuentre una ocasion os avisaré para que salgais.

ESCENA V.

FABIO. CELESTINA. ERNESTO, *escondido durante esta escena*

Fabio. (*Sale con paso vacilante, y con los vestidos llenos de polvo; su ademan indica que ha sido herido en la cabeza.*) Ah! por fin te encuentro sola... Agua...! un poco de agua...! Infame!

Celestina. Qué traes? por qué vienes asi? Cielos! (*Dándole agua.*) Sangre! tienes manchadas las manos de sangre...! Estás herido...? Ah! si mi madre te viese...

Fabio. Calla... calla, no la llames... Esta mañana no he tenido tiempo para decírtelo.

Celestina. Pero de dónde vienes...? qué te ha pasado?

Fabio. Han querido asesinarme.

Celestina. Asesinarte...! Oh! eso es cuento; te habrás metido en alguna quimera... Qué interes puede tener nadie en hacerte daño...? Todo el mundo sabe que eres pobre, luego no habrá sido por robarte.

Fabio. No, no ha sido por robarme.

Celestina. Pues entonces por qué?

Fabio. Por vengarse.

Celestina. Por vengarse...? Es decir que tú habias hecho mal á alguno?

Fabio. Habíale querido castigar por ciertas hablillas acerca de una persona que tú conoces.

Celestina. (*Poniéndose á arreglar los muebles.*) Y quién te mete á tí en lo que los demas hacen?

Fabio. Me importa lo que dicen.

Celestina. Pero qué dicen?

Fabio. Dicen que mientras yo estoy ausente recibes tú á un hombre todos los dias.

Celestina. Yo...! A quién?

Fabio. A Ernesto de Matta.

Celestina. (*Cortada.*) A Ernesto! (*De pronto y con cólera.*) Y lo has sufrido? Y has consentido que te digan eso en tu cara? Oh! no mereces ser hombre.

Fabio. No, no lo he sufrido, hermana mia; porque entonces quise arrastrar hasta aqui al insolente, para obligarle á que te pidiera perdon de rodillas.

Ernesto. (*Escondido y aparte.*) Hola! con que fue ese el motivo de la disputa?

Celestina. (*Fingiendo que llora.*) Dios mio! Qué desgracia es ser muger, y verse espuesta de ese modo á las habli-llasde los maldicientes.

Fabio. Sosiégate, hermana mia, yo no lo he creido... y te juro que en adelante se guardará de hablar de tí el infame Roberto... confia en mí, pobre Celestina. (*Acercándose á ella con cariño.*) No sabes la alegría que acabas de hacerme esperimentar... y la horrible duda que has alejado de mi corazon; porque si hubiera sido cierto que Ernesto engañaba á la señorita Fanny, no te hubiera perdonado el haber sido tú la causa.

Celestina. (*De pronto.*) Qué es lo que dices? Ernesto engaña á la señorita Fanny!

Ernesto. (*Aparte.*) Esto se va poniendo serio.

Fabio. La señorita Fanny le ama, y tenia sospechas...

Celestina. Ah! le ama... y él?

Ernesto. (*Vase, cerrando la puerta.*) Cayóse la casa á cuestas.

Fabio. Eh! (*Al ruido.*) Qué ruido es ese?

Celestina. Nada... (*Deteniéndole.*) el aire que habrá cerrado la puerta. (*Aparte.*) Ah! estaba aun ahí! (*Levantando la voz.*) Con que dices que la señorita Fanny ama á Ernesto?

Fabio. (*Con tristeza.*) Sí, le ama, no lo dudes... A no ser asi no se ocupara tanto de él.

Celestina. Y él... ama á su prima?

Fabio. Sin duda la amará, cuando va á casarse con ella.

Celestina. (*De pronto.*) Cómo, á casarse?

Fabio. Hace ya mucho que está proyectado ese casamiento; y debe verificarse antes de un mes.

Celestina. Antes de un mes?

Fabio. Sí; y por eso ella me ha encargado que averigue si la engaña.

Celestina. Ah! con que te ha encargado á tí de eso?

Fabio. No podia dirigirse á parte peor.

Celestina. Al contrario, su eleccion ha sido muy acertada. Puedes decir á esa señorita de mi parte, que Ernesto es un monstruo, y que ella no es la única á quien intentaba engañar.

Fabio. (*Admirado.*) Ah! y por dónde lo sabes tú...? Segun eso ya se ha hablado de ello en el pueblo?

Celestina. (*Levantando la voz.*) Lo sé de buena tinta; y todo lo que te puedo asegurar, es que no se casará con su prima.

Fabio. Quién se lo estorbará?

Celestina. Oh! cierta personita que no es tan facil de manejar como algunos creen. (*Alto y acercándose á la puerta.*)

Fabio. Esplícate, por Dios.

Celestina. Ya me he esplicado. Te pregunto yo acaso tus secretos...?

Fabio. Celestina! (*Procurando calmarse.*) Oh! no me contestes con ese tono... tú eres aqui el ama, haces lo que quieres... gastas lo poco que yo gano, apenas si merezco de tí un mal lecho en que dormir, y un pedazo de pan con que saciar mi apetito... y sin embargo jamas me he quejado, y he sufrido todo eso sin despegar mis labios... pero si fuese cierto lo que sospecho... si fuese cierto que ese hombre... habla... eres tú esa persona á quien tambien ha engañado Ernesto?

Celestina. (*Despues de una ligera pausa, y aterrada por el ademan de su hermano.*) Sí, Fabio, porque tambien á mi me ha dicho que me amaba, y ha jurado casarse conmigo.

Fabio. Casarse contigo! y has creido á ese miserable?

Celestina. Oh! ha hecho mas que prometerlo; se ha obligado á ello por escrito.

Fabio. Y bajo la fé de ese escrito has olvidado...?

Celestina. No soy tan tonta... lejos de olvidar he recordado que sin arriesgar nada, voy á conseguir un buen

casamiento, y á sacar á mi madre de su infeliz estado.

ESCENA VI.

FABIO. CELESTINA. LA LOCA.

Loca. (*En el cuarto.*) Fabio! Fabio! pronto. Aqui le tengo.

Celestina. Gran Dios!

Fabio. (*Abriendo la puerta.*) Qué es esto...? Madre mia!

Loca. (*Sale precipitadamente.*) Se ha escapado... ha huido...

Fabio. Quién, madre mia?

Loca. El... el verdugo... Ernesto...! era él.

Fabio. Aqui...! Ernesto aqui! Ah! Celestina...

Celestina. Hermano mio, te juro...

Fabio. Calla... no añadas la blasfemia á tu deshonra.

Loca. Su deshonra... oh! sí... la deshonra por librarse del cadalso... ven, ven, hija mia, huyamos... he deshonrado el nombre de tu padre.

Fabio. (*Queriendo detenerla.*) Madre mia!

Loca. (*Mirándole al rostro.*) Ah! sangre...! Sangre en su rostro...! le han muerto...! sí... muerto...! y yo estoy deshonrada...! Ah! es fuerza morir tambien... quiero morir!

Fabio. (*Queriendo detenerla.*) Madre! Madre! (*La loca entra retrocediendo delante de su hijo. Fabio y Celestina la siguen procurando calmarla.*)

Celestina. Dios mio! ten piedad de nosotros!

ESCENA VII.

EL CONDE. UN CRIADO. (*Salen por el foro.*)

Conde. La puerta abierta y no hay nadie! cosa estraña! cómo será que Fabio se halla á estas horas fuera de su casa? Entiendo: habrá querido dejarme en entera libertad para hablar con su hermana.

Criado. (*Señalando á la puerta de la derecha.*) Me parece, señor conde, que oigo hablar en la pieza que está al fin de ese corredor.

Conde. Entra á decir á la señorita Celestina, que quiero hablarla á solas, y que la aguardo aqui. (*Vase Jorge.*)

Conde. (*Solo, y mirando en torno suyo.*) Qué miseria!

Esto me hace concebir la esperanza de que conseguiré lo que deseo. Sí, es preciso que Celestina consienta en alejarse de aqui para que no vuelva yo á oir hablar de ellos, y en particular de esa muger que ha despertado en mí tan horribles recuerdos. Es en verdad una singular coincidencia, que precisamente en la época en que me ocupaba de redactar unas memorias para justificarme acerca del suceso de la marquesa de Esgrigny, se me haya presentado esa muger, esa loca que me ha hablado de Leon, de cadalsos... Por un momento he creido oir la voz, y ver las facciones de la desventurada cuyo nombre quisiera poder olvidar. (*Reflexiona.*) Eh! tan loco soy yo como ella en pensar en esto. La marquesa no tenia hijo alguno varon. (*Pausa.*) Ea, desterremos estos pensamientos, y ocupémonos tan solo de lo que aqui me ha traido. Preveo escenas de desesperacion, gritos, lágrimas; pero me afectan poco tales recursos, y espero que conseguiré mi objeto. (*Aparece Jorge.*)

Criado. La señorita Celestina viene al instante: aprovechará una ocasion en que pueda salir sin que lo advierta la loca, porque cuando está al lado de sus hijos, no los deja parar.

Conde. La conoces tú?

Criado. Toma! Desde que vino al pais; hará veinte años.

Conde. Veinte años!

Criado. Sí, señor, sobre poco mas ó menos; estamos en 1816, y fue durante el terrorismo.

Conde. Durante el terrorismo!

Criado. Yo era entonces muy niño, pero me acuerdo de todo como si hubiera pasado ayer. Mi tio Tomás salió al campo, y encontró á la pobre muger desmayada en una zanja, y con un niño en brazos.

Conde. Y de dónde venia?

Criado. Ella era la única que podia decirlo, pero cuando volvió en sí, no se acordaba siquiera de su nombre: al pronto quisieron echarla del distrito, porque al fin cada cual tiene sus pobres que socorrer; pero un ex-religioso que se habia refugiado en el pueblo, se encargó de ella, de su hija, y por consiguiente de su hijo.

Conde. (*Despidiéndole con una seña.*) Bien, bien. (*Aparte.*) A cada momento me olvido de que la marquesa no tenia hijo varon. (*Bajo al criado.*) Oigo ruido. Es esta?

Criado. La misma, señor conde.

ESCENA VIII.

EL CONDE. EL CRIADO. CELESTINA.

Celestina. (*Aparte.*) Gracias á Dios, he podido aprovechar una ocasion: Fabio la tiene entretenida con los papeles.

Conde. (*Al criado.*) Déjanos, y aguarda con la silla de posta donde te he dicho. (*Vase el criado.*)

ESCENA IX.

EL CONDE. CELESTINA.

(*Un momento de silencio, durante el cual se observan y saludan.*)

Conde. (*Acercándose con afectacion.*) Señorita, supongo que vuestro hermano os habrá dicho que deseaba veros?

Celestina. (*Con sequedad.*) Acaba de decírmelo en este instante, y en preba de ello aqui me teneis.

Conde. Os habrá dicho tambien el motivo de mi visita?

Celestina. Sí señor; pero en poco tiempo han pasado tales cosas, que dudo que mi hermano piense ahora como esta mañana.

Conde. No os ha dicho cuáles eran mis intenciones?

Celestina. Mi hermano es un pobre hombre á quien es facil engañar porque no ve la tendencia de lo que se le propone, y por esa razon he querido oir yo misma esas intenciones de vuestra propia boca.

Conde. Una vez que las conoceis, debierais evitarme la confusion en que me encuentro por tener que repetirlas delante de vos.

Celestina. Confusion...! Solo se esperimenta cuando tienen que decirse cosas vergonzosas.

Conde. (*Resentido.*) Verdad es, señorita, sobre todo si lo son para las personas á quienes se habla.

Celestina. Segun eso, vuestras intenciones lo son para mí, y tenia yo razon cuando decia á mi hermano que no os atreveriais á dirigírmelas á mí personalmente.

Conde. (*Con cólera.*) Que no me atreveria á dirigíroslas? Y osais hablarme en ese tono cuando habeis introducido la discordia en mi familia?

Celestina. Yo he introducido la discordia en vuestra familia...! No os entiendo.

Conde. Cuando habeis comprometido á mi hijo, y acaso os deberé el rompimiento de un enlace decidido hace ya mucho tiempo?

Celestina. Ahora os entiendo menos.

Conde. No le habeis atraido á vuestra casa...? no habeis escitado en él una pasion ridícula?

Celestina. Ahora sí que no os entiendo una palabra.

Conde. (*Con ironía.*) Pues sin embargo me parece que no os falta entendimiento para ello.

Celestina. En todo caso, le hará incurrir en falta la originalidad de vuestras acusaciones. Me acusais de haber atraido á vuestro hijo á mi casa! Quereis indicarme de qué medios me habria yo valido para conseguirlo, si él no se hubiese presentado aqui voluntariamente?

Conde Señorita...

Celestina. Decís que he dado pábulo á un amor ridículo...! puede ser ridículo el amarme, pero ya podeis figuraros que yo no opino de ese modo.

Conde. Señorita...

Celestina. He roto, decís, un enlace decidido hace ya mucho tiempo; quién podia habérmelo dicho á no ser vuestro hijo...? Probablemente no estaba ese proyecto tan arraigado en su imaginacion como en la vuestra, pues nunca me ha hablado de ello.

Conde. (*Aparte.*) Esta muger argumenta ni mas ni menos que un abogado.

Celestina. Por otra parte, yo no podia suponer que tuviese semejantes compromisos, puesto que continuamente me hablaba de casamiento.

Conde. De casamiento? Es imposible.

Celestina. (*Con orgullo.*) Si dudais de lo que os digo, las cartas que me ha escrito probarán la verdad. (*Saca un paquete de cartas, y toma un papel que habrá entre ellas.*) Caballero, (*Con dignidad.*) me creo con derechos, y me dirijo á vos para que los reconozcais.

Conde. Derechos!

Celestina. Hé aqui una promesa de casamiento escrita y firmada por vuestro hijo.

Conde. (*Aparte.*) Ah! ahora se hace mas indispensable que nunca, que se aleje.

Celestina. (*Sollozando.*) Tomadla y leed... le dejaré libre si él lo desea; yo sabré sufrir y callar.

Conde. Ni él desea eso, ni yo puedo exigir tanto.

Celestina. (*Acercándose á la mesa.*) Huiré de estos sitios y no le volveré á ver.

Conde. Sí, hé ahí el único remedio... La ausencia tan solo podrá consolaros. Pero en semejantes casos la decision mas pronta es la mejor! Mi coche está dispuesto, y á vuestras órdenes; tomad esta cartera, que contiene quince mil francos. (*La deja sobre la mesa.*)

Celestina. Está bien, caballero; huiré lejos de él, lejos de los mios; me marcharé sola, porque si obligara á mi hermano á dejar este pais ocasionaria su ruina.

Conde. Espero que vuestro hermano no se negará á acompañaros para protegeros, y en esa confianza voy á estender una letra de diez mil francos, cuya cantidad, unida á la anterior... (*Se sienta y escribe.*) Espero tambien que os encargareis de decidir al instante á vuestro hermano para que esté dispuesto. (*Se levanta, teniendo en la mano la carta y la cartera.*)

Celestina. Bien está, le decidiré, y nos... marcharemos todos.

ESCENA X.

CELESTINA. FABIO. EL CONDE.

Fabio. (*Presentándose.*) Nos quedaremos todos, señor conde.

Conde. (*Aparte*) Fabio...

Celestina. (*Aparte.*) Mi hermano!

Fabio. Romped esa carta, y recobrad esa cartera, señor conde. En muy vil precio habeis estimado el honor de mi hermana!

Celestina. Fabio...!

Fabio. Silencio. He querido saberlo todo, y todo lo he oido.

Celestina. (*Aparte.*) Soy perdida!

Conde. Ah! con que escuchabais?

Fabio. A eso se ve reducido el que duda del honor de los hombres con quienes habla.

Conde. Ese lenguaje...

Fabio. Hace una hora os hubiera dicho que no iba dirigido á vos.

Conde. Y ahora?

Fabio. Ahora que os he visto comprar á peso de oro nuestra marcha, despues de la declaracion que os ha hecho esta desgraciada, os digo que no es honroso comprar lo que hay deshonra en vender.

Conde. Caballero!

Celestina. Hermano!

Conde. Es decir que estais resuelto á quedaros?

Fabio. Sí, señor conde.

Conde. Para pedir sin duda á mi hijo una satisfaccion que no puede daros?

Fabio. En tales casos un hombre tiene siempre dos que ofrecer; su nombre y su sangre.

Conde. Su nombre... Ya sabeis que está comprometido.

Fabio. Estoy autorizado para deciros que es libre.

Conde. Su sangre!

Fabio. Tal vez será la mia la que se derrame.

Conde. Luego me declarais guerra abierta?

Fabio. Sí.

Conde. Quereis que seamos enemigos? Bien está; un hombre que es tan franco en sus amenazas será tambien sin duda leal en su conducta.

Fabio. La lealtad es la virtud de los pobres, señor conde.

Conde. Os he confiado unos papeles muy interesantes para mí, y espero...

Fabio. Van á seros devueltos al instante... Celestina, dónde estan esos papeles?

Celestina. Mi madre se ha apoderado de ellos, y á pesar de todos mis esfuerzos no he podido arrancárselos.

Conde. (*Colérico.*) Vuestra madre? ya lo oís. Me prometisteis que esos papeles no saldrian de vuestro poder, y ahora estan en manos de...

Fabio. En manos de una loca que los ha agarrado como un juguete, y que no puede enterarse de su contenido... voy por ellos. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XI.

CONDE. CELESTINA.

Conde. (*Siguiendo á Fabio con los ojos.*) Ah! caro me

pagareis, señor Fabio, lo que acabais de decirme. Hay hospicios para las mugeres locas, y casas de reclusion para las jóvenes livianas. El oro sabrá abrirme las puertas de ambas casas para vuestra madre y hermana.

ESCENA XII.

CELESTINA. FABIO. LA LOCA. EL CONDE.

Loca. (*Sale con unos papeles en la mano.*) Dónde esta? Dónde está?

Fabio. (*Siguiéndola.*) Madre, madre mia, devolvedme esos papeles... no me pertenecen... son de ese caballero.

Loca. Son vuestros...? Ah, no creais en ellos... es falso cuanto dicen.

Conde. Pero, señora...

Loca. Dicen que la marquesa de Esgrigny encontró apoyo y proteccion en el verdugo de Leon.

Conde. Señora...

Loca. Y todo es mentira.

Fabio. Madre...

Loca. Sí, mentira infame!

Conde. Devolvedme esos papeles.

Loca. Estos papeles? (*Hace ademan de romperlos.*) Hé aqui lo que valen... (*Se detiene.*) pero no... decidme quién ha escrito esto?

Fabio. El señor conde.

Loca. Pues bien, sabed que os han engañado... si queriais revelar la verdad... yo os la diré... escribid, escribid.

Conde. Acabemos! Qué me importan á mí los dichos de esa loca?

Loca. Loca, oh! sí, loca éstaba cuando creí en la piedad del infame Bénard.

Celestina. Bénard...!

Fabio. Bénard...! qué dice?

Conde. (*Aparte.*) Si no me habré engañado?

Loca. Oh! fue una infamia horrible! Enrique! noble Enrique mio...!

Conde. Enrique! Se llamaba asi?

Loca. Enrique, á quien yo amaba como á Dios... queria salvarte... por mí, por mi Luisa, única prenda de nuestro amor.

Conde. (*Mirando á Fabio.*) La única?

Loca. Escuchad! Me habian dicho que uno de aquellos hombres que mataban en nombre de la ley, comerciaban con la vida de los presos, y que podria rescatar la de mi marido.

Celestina. De vuestro marido?

Loca. Sí; no sabeis que soy la marquesa de Esgrigny? Quién ha podido dudarlo?

Celestina. (*Asombrada.*) Vos la marquesa de Esgrigny?

Fabio. (*Idem.*) La marquesa de Esgrigny?

Conde. (*De pronto.*) No reflexionais que la lectura de esos papeles la ha trastornado la cabeza?

Fabio. Oh! (*Con violencia.*) Conde, dejadla hablar, y pedid á Dios no tener que darme cuenta de un crimen mas.

Conde. Miente, os repito, miente.

Loca. Que miento, decís? qué yo miento? Oh! A vos os parecerá increible en efecto. Averigüé la casa de aquel hombre, que comerciaba á peso de oro con las víctimas, y ejercia asi un oficio aun mas vil que el de verdugo.

Conde. Calumnia!

Loca. Decís bien; le habian calumniado porque le ofrecí oro, todo el que habia podido llevar conmigo, se lo arrojé á los pies, y el infame no miró sin embargo mas que á mí. "No son tus riquezas lo que yo quiero, me dijo, sino á tí; te quiero á tí."

Conde. Esa muger está loca, repito.

Loca. Sí, loca! ya os he dicho que aquel dia perdí el juicio; porque sabeis lo que hizo el infame? — Vivia en la misma plaza en que estaba levantado el cadalso; abrió una ventana y me arrastró á ella para enseñarme la suerte que esperaba al noble y generoso Enrique. A la primer cabeza que cayó contesté: no...! cayó la segunda.... no pude responder. Cayó la tercera, y entonces... oh...!! es verdad... me volví loca!

Celestina y *Fabio.* (*Con horror.*) Ah!

Conde. Miente... miente... os lo juro.

Loca. No, no miento, es todo verdad; yo os lo digo; lo oís? yo!

Fabio. (*Con tono amenazador.*) Y sin embargo, no se salvó el marques?

Conde. Pero lo intenté... ya lo sabeis... lo intenté...

Loca. No, no, le dieron muerte, y fue una muerte tan cruel

é inhumana que cuando corrí al cadalso saltó su sangre sobre mi cabeza y sobre la de mi hija. (*Revolviendo en su memoria.*) Mi hija, Luisa, hija mia! (*Recorre la escena, mira al conde, da un grito, corre hácia él, se agarra con violencia y esclama:*) Verdugo, qué has hecho de mi hija? dónde está mi hija?

Fabio. (*Con tono amenazador.*) Ah! señor conde, estais en mi poder, y ahora no teneis ya el cadalso á vuestra disposicion.

Conde. Fabio, reparad con quien hablais!

Loca. (*Recorriendo la escena.*) Luisa! hija mia! Luisa!

Celestina. Madre! no me conoceis ya; yo soy vuestra hija. Al huir del horroroso espectáculo que acabais de describir, vinísteis errante y sola hasta este pais, donde nos recogió la piedad de los transeuntes.

Fabio. Sí, madre mia.

Loca. Hija querida; sí, tú eres mi hija, mi Luisa. (*Cae en una silla abrazando á Celestina. Fabio estará de rodillas á su lado y la besa las manos; la loca levanta de pronto la cabeza y le mira durante una pausa.*) Pero y este? quién es este hombre?

Fabio. Vuestro hijo.

Loca. (*Retrocediendo.*) Mi hijo! yo no tenia hijo alguno.

Fabio. Madre!

Loca. (*Levantándose.*) Dejadme, yo no os conozco.

Fabio. Madre mia!

Loca. (*Lentamente.*) Su madre... yo...! Él, mi hijo... imposible!

Celestina. Sí, es Fabio; no le reconoceis?

Loca. (*Se queda un momento pensativa y dirigiéndose al conde.*) Fabio! (*Dando un grito.*) Ah! vos si que debeis reconocerle.

Conde. Él será una prenda de perdon y de olvido entre los dos.

Fabio. (*Que se ha levantado y amenaza al conde.*) No hay aqui para vos ni olvido ni perdon... tan solo debe haber una venganza sangrienta.

Loca. (*Con una sonrisa terrible.*) Ah! digno hijo de quien le dió el ser! amenaza á su padre, y quiere asesinarle.

Fabio. Él mi padre! Ah! Dios mio! (*Cae contra el suelo como herido de muerte.*)

Acto tercero.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

FABIO, *solo.*

Todos me han abandonado. Todo se vuelve mensages de la quinta á la cabaña, sin que se hayan acordado de mí ni en esa quinta en que vive el que es mi padre, ni en esa habitacion en la que se ha encerrado mi madre, y cuya entrada me ha prohibido. Y sin embargo el conde de Matta ha escrito á la marquesa de Esgrigny y esta le ha contestado. Seguramente estarán concertando el perdon de lo pasado; mi hermana, la hija del marques de Esgrigny, se casará con mi hermano, hijo del conde de Matta, y todo se echará en olvido, todo, hasta el pobre Fabio, á quien no le es dado llevar ninguno de esos dos nombres, que son sin embargo los de su padre y de su madre... hasta el pobre Fabio, que no quiere permanecer por mas tiempo entre ellos como un recuerdo vivo de afrenta. Empieza á amanecer: no debo detenerme. (*Toma el baston.*) Dios mio, voy á emprender un camino á la ventura, sin familia, sin nombre, sin amigos; amparadme en tan penoso viaje, y permitid que le acabe sin dejar recuerdo alguno de desgracia ni de remordimientos... Pero todos me olvidarán en breve... hasta ella...! Ella...! Ah! si al menos pudiese verla otra vez...! No, no quiero... acaso sepa ya la verdad y se aleje de mí horrorizada. Oh! no quiero esperimentar esta última desgracia; deseo conservar la ilusoria idea de que

en este mundo hay una persona que no me maldice. Si no me sostuviera esta conviccion en el camino de dolor que voy á emprender solo, me abandonarian las fuerzas al pisar el umbral de esta puerta. (*Recoge un lio.*) A Dios, vosotras á quienes he llamado hermana y madre, y que ahora os avergonzais de ello; á Dios, pobre choza en que yo, necio de mí, me llamaba desgraciado. A Dios. A Dios. (*Se dirige con paso lento hácia el foro.*)

ESCENA II.

FABIO. UN CRIADO.

Criado. El señor marques de Esgrigny.

Fabio. Quién sois? Qué quereis? (*Deja el lio.*)

Criado. Soy el que ha traido esta noche la carta del conde á la señora marquesa.

Fabio. Y es por mí por quien preguntais?

Criado. Sí, señor marques.

Fabio. (*Aparte.*) Señor marques...! es tan natural que un hijo lleve el nombre de su madre, que al darme este título cree que cumple con su obligacion; ah...! esto me afirma mas en que debo alejarme. (*Alto.*) Qué quereis de mí?

Criado. El señor vizconde me envia á preguntaros si tendreis inconveniente en recibirle.

Fabio (*Aparte.*) Mi hermano! Ah! al menos se ha acordado de mí; tal vez vendrá á consolarme. (*Alto.*) Dónde esta?

Criado. A dos pasos de aqui.

Fabio. Voy...!

Criado. Es inútil; miradle.

ESCENA III.

ERNESTO. FABIO.

Ernesto. (*Al criado.*) Retiraos.

Fabio. (*Acercándose á Ernesto en ademan de abrazarle.*) Herma...

Ernesto. Señor marques, creí que os negabais á recibirme.

Fabio. (*Aparte.*) Tambien él... Ah! mi padre no ha querido tener que sonrojarse en presencia de sus dos hijos.

Ernesto. Mi padre ignora la esplicacion que vengo á pediros, y creo que os parecerá tambien justo ocultársela á vuestra madre.

Fabio. Como gusteis.

Ernesto. Ayer, señor marques, creía mi padre que entre la señorita de Esgrigny y yo mediaba un compromiso que no existe; sin embargo, en cuanto he llegado á sospechar que su reputacion podia padecer por culpa mia, me he decidido á reparar cualquier falta que hubiere cometido involuntariamente.

Fabio. Ese proceder es digno de un caballero, y os honra.

Ernesto. Mi padre ha pedido en mi nombre la mano de la señorita de Esgrigny.

Fabio. (*Aparte.*) Ah! no me habia engañado.

Ernesto. Esta es la respuesta de la señora marquesa; leed.

Fabio. (*Leyendo.*) "La hija del noble marques de Esgrig-
» ny no entrará nunca en la familia del asesino de su
» padre; no llevará nunca un nombre que merece el
» desprecio y la execracion pública." Dios mio!

Ernesto. (*Que estaba en el foro, baja al proscenio.*) Señor marques, una madre no escribe semejante amenaza sin que el hijo en quien descansa el porvenir de su nombre apoye sus proyectos.

Fabio. Os juro que los ignoraba.

Ernesto. Quiero creerlo; pero ahora que los sabeis, dignaos responderme. Qué hariais vos en mi lugar?

Fabio. En vuestro lugar, caballero, quisiera á toda costa imponer silencio á esos terribles resentimientos; en vuestro lugar, me sacrificaria por salvar el honor de mi padre, el honor del nombre que debia heredar.

Ernesto. Estaba persuadido de que me comprenderiais, y no tengo necesidad de preguntaros lo que hariais para conseguirlo.

Fabio. Para conseguirlo no haria tan solo el sacrificio de mi vida, sino que humillaria mi orgullo, olvidaria una amenaza lanzada en el primer transporte de dolor, é iria á implorar á esa madre irritada y le pediria de rodillas que no mancillara el nombre que ofrecia á su hija.

Ernesto. Si la marquesa de Esgrigny y su hija fueran solas en este mundo, haria lo que decís, porque en nada debe reparar un hijo cuando se trata de salvar el honor de su padre.

Fabio. Ah! me alegro de que penseis asi.

Ernesto. Pero lo que hubiera sido decoroso en presencia de dos mugeres abandonadas, sería una vileza cuando hay por medio un hombre que las protege.

Fabio. Qué quereis decir?

Ernesto. Que despues de la negativa de vuestra madre, no es este ya asunto entre ella y mi padre, si no mas bien un asunto que debe ventilarse entre los dos.

Fabio. Entre los dos? luego es un duelo lo que me proponeis?

Ernesto. Sí, y en vuestra situacion no os será dificil aceptarle.

Fabio. Batirme! yo, con vos...! es imposible... Ayer...

Ernesto. Qué...?

Fabio. Tal vez yo mismo os hubiera propuesto ese desafio.

Ernesto. Y hoy?

Fabio. Hoy... le rechazo con horror.

Ernesto. (*Con desprecio.*) Es decir que el marques de Esgrigny se niega á un lance de honor al cual no se hubiera negado Fabio el secretario.

Fabio. Os engañais, caballero, un deber sagrado es el que me obliga á seguir esta conducta.

Ernesto. Segun eso, os negais?

Fabio. Me niego.

Ernesto. Bien; en ese caso no estrañareis que exija de vos una garantía que ponga á cubierto de cualquiera acusacion el honor de mi padre.

Fabio. Mi mas ardiente deseo es conservar ileso el honor de vuestro padre.

Ernesto. El medio es muy facil; escribid una retractacion anticipada y formal de todo cuanto pueda decir vuestra madre.

Fabio. Yo?

Ernesto. Escribid que estaba loca al hacer la acusacion; y que vos habeis quedadado satisfecho de las esplicaciones que el conde de Matta os ha dado.

Fabio: Qué oigo? Quereis que deshoure á mi madre; quereis que diga que miente...? (*Con energía.*) Ah! procurad no hacerme olvidar quién sois.

Ernesto. Y qué os pido yo si no que os acordeis...? Soy el hijo del conde de Matta, el hijo del ciudadano Bénard.

Fabio. (*Aparte.*) Oh! padre mio...!

Ernesto. El hijo del ciudadano Bénard, lo habeis oido, marques de Esgrigny?

Fabio. Ah! No me llameis asi.

Ernesto. Haceis bien en no contestar á ese nombre, porque le deshonrais.

Fabio. (*Aparte con desesperacion.*) Dios mio...! Dios mio...! no me abandoneis...! Hacedme superior á estas injurias.

Ernesto. Si hubiera desaparecido en el cadalso no sería ahora la herencia de un cobarde.

Fabio. (*Da un grito de furor y detiene á Ernesto, que va á salir.*) De un cobarde...! (*Pausa.*) Señor vizconde, no olvideis decir á vuestro padre que me habeis llamado cobarde, y que no os he muerto.

Ernesto. Ba! Ba!

Fabio. Decídselo, y si el ciudadano Bénard, si el conde de Matta, si vuestro padre no os dice: "Vé á darle la mano y á pedirle perdon..." entonces... oh...! infeliz de él y de vos...! porque qué me importa el honor de ese nombre si al fin es el vuestro?

Ernesto. Ah! por fin encuentro en vos al marques de Esgrigny. (*Aparece la marquesa.*)

Fabio. Persistís en llamarme marques de Esgrigny? Pues bien; quiero hablaros bajo ese nombre... Oprobio y vergüenza eterna sobre vuestras cabezas... Oprobio sobre el padre que ha comprado el adulterio con la sangre, y que ni aun supo cumplir tan infame trato; oprobio eterno sobre el hijo que ha aceptado la odiosa herencia del padre deshonrando á la hija de la víctima... mengua y execracion sobre los dos!

ESCENA IV.

ERNESTO. LA MARQUESA. FABIO. CELESTINA.

Marquesa. (*Que ha entrado al terminar la escena anterior.*) Bien, hijo mio, bien! vuestra madre ya no os desconoce.

Fabio. Madre mia!

Ernesto. (*Saludando respetuosamente á la marquesa y dirigiéndose á Fabio despues de una pausa bastante larga.*) Caballero, voy á buscar mis armas. (*Vase.*)

Celestina. Ah! yo le diré la verdad. (*Vase en su busca.*)

ESCENA V.

FABIO. LA MARQUESA.

Marquesa. Ya le habeis oido... va á buscar sus armas y os aguarda.

Fabio. Sí, pero no puedo olvidar, madre mia, que ese hombre es mi hermano.

Marquesa. Es el hijo del vil asesino que me infamó.

Fabio. Pero el culpable... es mi padre.

Marquesa. Creía que lo habiais olvidado.

Fabio. Oh! perdonadme si me acuerdo.

Marquesa. Ah! ahora os acordais de ello... pero hace un momento, cuando el insulto se dirigia á vos, cuando ese hombre os llamaba cobarde y os abofeteaba con sus ultrajes... olvidásteis que era vuestro hermano, y sobre él, y sobre su padre habeis llamado la execracion y el desprecio que merecen. Pero ahora, ahora que se trata de defenderme á mí... á una madre... habeis recobrado la memoria.

Fabio. Madre...! madre mia!

Marquesa. (*Con orgullo y cólera.*) No me deis ese nombre, os lo prohibo.

Fabio. Por piedad!

Marquesa. (*Animada.*) Sí, os lo prohibo, y para que le olvideis tambien, haré lo que han hecho ellos; os diré que el que vacila entre la pobreza y la riqueza, entre dos mugeres abandonadas y dos hombres poderosos, entre las víctimas y el verdugo, es un cobarde.

Fabio. Madre mia...!

Marquesa. Un cobarde, oís?

Fabio. (*Con desesperacion.*) Dios mio! quisiera volverme loco...

Marquesa. (*Con desprecio.*) Oh! es preciso sufrir mas de lo que vos habeis sufrido para perder la razon.

ESCENA VI.

DICHOS. CELESTINA.

Celestina. (*Con rapidez.*) Fabio! Hermano mio... Aqui viene el señor de Matta.

Marquesa. Aquí...! él...!

Fabio. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Ah! que no entre...

Marquesa. (*Deteniéndole.*) No, que entre; asi podreis echarle.

Fabio. Echarle, yo...!

Marquesa. Sí, vos; vais á echarle de esta casa, que es la vuestra.

Fabio. Echar á mi padre!

Marquesa. Sí, ha de salir de esta casa como un infame, ó vuestra madre como una prostituta... Elegid ahora. (*Vase con Celestina.*)

ESCENA VII.

EL CONDE. FABIO.

Fabio. (*Solo.*) Dios mio! Dios mio...! Protegedme, conservadme la razon, que me abandona.

Conde. (*Saliendo y alargándole la mano.*) Hijo mio, vuestro hermano me lo ha referido todo, y vengo á disculparle y á manifestaros mi agradecimiento.

Fabio. (*Volviéndose con desesperacion.*) Ah! por qué ha venido?

Conde. Despues de lo que os he dicho, no alcanzo á qué viene ese pesar.

Fabio. Porque queria huir de estos sitios, caballero, porque si no hubiese venido él á detenerme, no hubiera vuelto á ver á mi madre, que me ha rechazado de sus brazos con horror... porque...

Conde. Tampoco hubierais vuelto á ver á vuestro padre, que en vano os abre los suyos.

Fabio. Perdonadme, señor... pero...

Conde. (*Agitado.*) Ah! vos ignorais lo que es el delirio de las revoluciones, no habeis vivido en esos tiempos funestos, en que se traspasan todas las reglas sociales, en que la sed de sangre os estravía y convierte en demente.

Fabio. Caballero...

Conde. No habeis sufrido la insolencia de esa implacable nobleza, que aunque és cierto que no lanzaba ya la muerte sobre el pueblo desde sus torres feudales, le confundia sin embargo con su desprecio.

Fabio. Yo no os acuso.

Conde. Vuestra voz no me acusa, pero vuestro corazon me

condena sin conocer los desprecios, ni los insultos, ni las humillaciones que pudieron motivar mi conducta. Ah! Asi son los hombres, no se hacen cargo de los trabajos ni de los pesares que los demas han sufrido. Vos hasta ahora, no habeis tenido mas que una injuria que vengar, pero habeis venido erguida la frente, á pedir satisfaccion de ella á una familia, de la que casi erais criado, y á pesar de todo no se os ha echado como á un lacayo, como me echaron á mí.

Fabio. Gran Dios!

Conde. Ademas, vos que hasta ahora no teneis nombre ni riquezas, amais á Fanny, á mi sobrina?

Fabio. Yo!

Conde. La amais, ella me lo ha confesado, y os ama, puedo decíroslo: como ninguna preocupacion os separa, os casareis con ella, sereis feliz, y no os compadecereis de los demas, porque esta dicha ningun trabajo os habrá costado...

Fabio. (*Acercándose al conde.*) Qué habeis dicho, padre mio? yo unirme á Fanny...?

Conde. Sí, ella y Ernesto continúan en su error... creen que sois el marques de Esgrigny.

Fabio. (*Con tristeza.*) Ah! entiendo...

Conde. Ahora bien, es preciso que ese error aparezca como una verdad.

Fabio. Una verdad...

Conde. Vos nacísteis en 1794, y el marques murió en 1793. Es cuanto puede exigir la ley.

Fabio. (*Con indignacion.*) Oh! qué es lo que me proponeis?

Conde. Escuchadme...

Fabio. Basta... harto he oido ya...

Conde. Escuchadme, os digo, escuchadme en nombre de vuestra madre, puesto que habeis abrazado su partido.

Fabio. (*Con calor.*) Sí, el partido de la desgracia, de la miseria y de la inocencia es el mio... el mio, porque como ella soy desgraciado, pobre, é inocente.

Conde. Os engañais; ese partido es el del odio, de la discordia, del escándalo.

Fabio. (*Pasando al lado opuesto para huir de su padre.*) Nunca...! nunca...!

Conde. Y qué esperais conseguir con apoyar el implacable rencor de vuestra madre?

Fabio. Ser justo cuando menos.

Conde. Justo...! y sin embargo habreis contribuido á deshonrarme á mí, á mí, que soy vuestro padre.

Fabio. Ah...! Quizás eso es justicia.

Conde. Soy culpable, y debo espiar mi crimen... mas reflexionad que de ese modo habreis contribuido tambien á la deshonra de vuestra hermana...

Fabio. Es inocente.

Conde. Pero el mundo la cree culpable.

Fabio. Es una vil calumnia!

Conde. Sí, y una calumnia infama tanto como una falta; pero eso no es nada todavía... Sería el castigo de su imprudencia... Lo mas terrible es que de ese modo habreis contribuido tambien á la deshonra de vuestra madre.

Fabio. De mi madre!

Conde. Sí, de vuestra madre...! porque existís, Fabio, y cuando la marquesa se presente ante los tribunales reclamando su título y su nombre será forzoso que diga quién sois vos... y si no sois el hijo del marques de Esgrigny... habrá de decir que sois hijo del crimen ó de una falta.

Fabio. Ah! sí... hijo del crimen.

Conde. Que yo no confesaré, y que no puede probarse. En el primer momento de dolor vuestra madre ha olvidado todo esto; pero si la amais, ya sabeis los peligros á que está espuesta, y una impostura sin trascendencia basta para evitarlos todos. No temais sustraer de ese modo el caudal que ha de pasar á vuestras manos; los bienes de la familia de Esgrigny desaparecieron durante la tormenta revolucionaria; su nombre no es el vuestro; pero es disculpable recoger de entre la sangre en que se ahoga, un nombre ilustre para devolverle su antiguo esplendor. En fin, vuestra madre os ha propuesto el baldon y la deshonra de todos; yo os propongo olvido, felicidad y riquezas: elegid ahora. (*Vase.*)

ESCENA. VIII.

LA MARQUESA. FABIO.

Fabio. (*Solo.*) Ah! socorredme, Dios mio, é iluminadme en esta espantosa borrasca, en la que veo próximo á perecer todo cuanto amo.

Marquesa. (*Aparte.*) Conseguiré lo que deseo? Veamos (*Alto.*) Habeis elegido?

Fabio. Sí, madre mia, he elegido vivir ó morir por vos.

Marquesa. No es lo dificil tener valor para vivir ó morir... sino tener fuerza para salvarnos.

Fabio. Espero que Dios y el cariño que os tengo me inspirarán, porque temo volverme loco, madre mia.

Marquesa. Ese hombre os ha manifestado que si yo quisiera perdonar era todo muy facil... ya lo habeis oido! Nada ha olvidado.

Fabio. Ha olvidado, madre mia, que ese perdon que él reclama en nombre de los intereses de este mundo, le ha encomendado Dios á sus hijos como la mas santa de las virtudes.

Marquesa. Lo sé. Supongamos, pues, que por obedecer á ese mandato del cielo, concedo el perdon, y pongo en salvo el honor de vuestro padre... qué será entonces de la honra de mi hija?

Fabio. Madre mia, el hijo del conde es inocente, y su nombre...

Marquesa. Su nombre... bien... podrá salvarla á ella... Pero á mí, quién me salvará?

Fabio. Madre mia...

Marquesa. Qué sereis vosotros todos para mí?

Fabio. Madre mia...!

Marquesa. Por qué no me aclarais todos los proyectos de ese hombre...! Vos sereis en buen hora el marques de Esgrigny...

Fabio. Ah! nunca...

Marquesa. Sereis rico, esposo de una muger hermosa, á quien amais, y de quien sois amado... para esto, verdad es, solo se requiere una frívola mentira. El hijo del matador heredará el nombre de la víctima, y todo quedará á cubierto.

Fabio. Ah! yo no os he pedido que consintais en ello; ya sabeis que he rechazado con horror.

Marquesa. Acaso porque yo estaba ahí?

Fabio. Señora...!

Marquesa. En efecto, si en aquel momento desesperado en que recobré la razon hubiese muerto... entonces, todo eso hubiera podido decidirse en aquel acto.

Fabio. Qué decís?

Marquesa. Luego solo un obstáculo se opone á la realizacion de vuestros proyectos, y ese obstáculo es mi vida.

Fabio. (*Estallando.*) O la mia!

Marquesa. La vuestra?

Fabio. Ah! Dios me indica al fin la salida de este intrincado laberinto, en que mi razon se ofuscaba.

Marquesa. Y la veis en vuestra muerte?

Fabio. (*Con nobleza.*) Sí señora, y puedo hablaros ahora como si el sacrificio estuviese consumado, porque está resuelto.

Marquesa. Resuelto!

Fabio. Pero escuchad la voz del cielo que os encarga perdon y olvido.

Marquesa. Estaba resignada á ello.

Fabio. Escuchad la voz de vuestro esposo, que pide que salveis la honra de vuestra hija.

Marquesa. La habia oido.

Fabio. Escuchad la mia, que os manda salvar vuestra propia honra permitiendo que yo muera con el nombre de marques de Esgrigny.

Marquesa. (*Con desesperacion.*) Todo menos eso, porque sería un robo infame.

Fabio. Lo sería para el que conservara ese bien precioso, para el que se honrase con él en este mundo, para el que debiese á él su felicidad y su patrimonio; pero para el que solo quiere inscribirle sobre su tumba, lejos de ser un robo es una espiacion.

Marquesa. Sobre su tumba...! (*Aparte con dolor.*) Ah! no era en la tuya en la que yo habia pensado inscribirle.

Fabio. (*Arrodillándose.*) Permitid, pues, madre mia, que vuestro hijo al morir os devuelva una honra que os usurpaba viviendo.

Marquesa. (*Con sensibilidad.*) Es decir que tú piensas en morir, tú, el único inocente!

Fabio. El único dichoso, madre mia, si á la hora de mi muerte me alargais vuestros brazos y me bendecís.

Marquesa. Sí, te bendigo, y te estrecho contra mi corazon. (*Se levanta.*) Levántate, hijo mio; hijo querido de quien debo estar orgullosa, y perdona la horrible prueba que te he hecho sufrir, pues tan grande y sublime te has mostrado á los ojos de tu madre.

Fabio. Hijo vuestro! ah! al fin ha salido de vuestros labios ese dulce nombre.

Marquesa. (*Abrazándole otra vez, y mirando al cielo.*) Perdona, noble Enrique, si le doy tu nombre, porque sabe honrarle tanto como tú.

Fabio. Sí, con mi muerte quedará ileso.

Marquesa. No, hijo mio, no; para saber honrarle es preciso vivir; vive, y Dios te perdonará en el cielo, como yo te perdono en la tierra.

Fabio. Madre mia...! (*Se arroja en sus brazos, y continúan abrazados en la izquierda del proscenio.*)

ESCENA IX.

DICHOS. EL CONDE. FANNY. CELESTINA. ERNESTO.

Conde. (*En el foro.*) A vosotros toca, hijos mios, acabar lo que tan noblemente ha empezado. (*Celestina se acerca con Ernesto, y viene á ponerse á la izquierda de su madre.*)

Marquesa. Hija mia, Luisa! (*Viendo á Ernesto.*) Se llama Luisa, caballero; os pido que la devolvais ese nombre. (*Agrúpanse en torno suyo. La marquesa ve á Fanny, que habrá venido á colocarse á la derecha.*) Es ella! (*A Fabio.*)

Fanny. Sí, madre mia.

Marquesa. (*A Fanny.*) Y vos no venís á abrazar tambien á vuestra madre?

Fanny. (*Abrazándola.*) Ah! señora...

Conde. (*Acercándose.*) He triunfado... (*Aparte.*) Pero han de ser mas generosos que yo...!

Marquesa. (*Con espanto.*) Ah! esa voz... apartaos, apartaos... podria perder otra vez la razon, y acordarme de mi venganza.

Conde. Vuestra venganza? Héla aqui, señora. (*Señalando á sus hijos.*) Yo me alejo solo de Francia, vos os quedareis con vuestros hijos. (*Vase. Fabio le agarra la mano, y se la besa furtivamente.*)

FIN DEL DRAMA.

Esta interesante Galería comprende hasta el dia 300 *comedias próximamente, cuyos autores son:*

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio García Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas.)
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Manuel Eduardo de Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José García de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia.

Las traducciones comprendidas en ella son las que deben representarse en casi todos los teatros, mediante estar contratados sus empresarios con el Editor para este efecto; y las que en lo sucesivo se publiquen en la espresada Galería serán las que se consideren de mucho interes para la escena española.

Se dan Catálogos á los sugetos que quieran adquirirlos en todas las librerías donde se halla la espresada Galería.

RIA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

ISTORIA
A Y DIPLOMATICA

e la independencia
s Unidos hasta nuestros dias
1776-1895)

POR

ERÓNIMO BECKER

e acaba de ponerse á la venta,
lio y fiel extracto los principales
a con imparcialidad la historia
sus defectos y expone con minu-
o referente á las relaciones exte-
, siendo, por tanto, de gran inte-
de un modo exacto el aspecto
a cuestión cubana.
.º, 642 páginas, 8 pesetas.

COPILACIÓN

DE LAS

OS REINOS DE LAS INDIAS

ndas imprimir y publicar

POR

CATOLICA DEL REY CARLOS II

n, corregida y aprobada por la
el Tribunal Supremo de Justicia,
n de la Regencia provisional del

en folio, 50 pesetas.

ILOS ESPAÑOLES

pleta de todos los tomos publi-
ociedad, de que se hallan la ma-
los.
os 38 tomos en 4.º—Precio, 900

tomos sueltos

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Nogueira Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.